

trimonio entre gitanos. Había oído cosas estupendas.

—Cogemos un cántaro—dijo riendo una compañera de la Teodora,—lo echamos por alto, se rompe, y ya están casados.

—Caya, malange—exclamó la vieja.—No le tomes er pelo á la *Señorita*. Eso del cántaro, no es verdad, es *jonjaba* que les damos á los payos; mentiras que se tragan, ansi como creen los mariditos que robamos á los *churumbeles* pa sacarles las mantecas. No hay cántaro, ni ná que se le parezca. Algunos, hasta se casan por Roma... Esta, por ejemplo.

Y señalaba á su nuera, riendo maliciosamente, al recordar los grandes regalos de la boda. Unas señoras ricas, que iban á explicar la Doctrina á una iglesia cercana, habían sentido simpatía por aquella muchacha, tan guapa y apuesta, mostrando empeño en casarla católicamente.

La vieja habló con ellas, alegando el obstáculo insuperable de su pobreza. Los gitanos eran buenos creyentes y no tenían miedo á entrar en la *Cangri*, ó sea en la iglesia. ¡Pero los *erajais* (nombre que daban á los curas), hacen pagar tanto por su trabajo!... Las devotas señoras, conquistadas por la cháchara de la Teodora, corrieron con todo. Al novio le hicieron un traje completo, con capa de rico paño, y á la novia la pusieron hermosa como una virgen. Encima les dieron cien duros y compraron el dulce por arrobas, para que se hartasen todos en las Cambroneras.

—¡Qué boda, *Señorita*! ¡El parné que soltaron esas santas!... La *Cangri* estaba toita yena de luces; á mis nenes les echaron por la cabeza una manta dorá, y un *erajai*, muy hablador, comenzó á dar voces, como si nunca hubiese visto gitanos

casándose por Roma; como si juésemos caribes, de los que no creen en Dios... Aluego se tiró el durse en las Cambroneras como si lloviese del cielo: los *manrelaos* caían como granizo... Y cuando las señoras se *najaron* y quedamos solos, casamos á los chavales á nuestro uso, conforme á la ley gitana.

La Teodora, antes de hablar de esta ley y sus prácticas, miraba en torno con recelo. Todas eran casadas ó viudas; no había ninguna mocita; podía hablar sin miedo.

El principal personaje de las bodas era ella, la señora Teodora, alias la *Catañeta*, la encargada de *catañear* á la moza. Un día, antes de la ceremonia, iba á Madrid acompañada de las más viejas del barrio, todas con grandes cestas para los dulces. Los compraban por arrobas; especialmente los *mantejos*, las almendras ó peladillas, que eran el principal regalo de los gitanos. Había que adquirir, además, la corona de flores para la novia, la banda de raso que la cruzaba el pecho, y el pañuelo, el famoso pañuelo, objeto principal de la ceremonia.

—Compradlo de lo mejor—decía el padrino que cargaba con todo el gasto.—Que no os duela; que sea de nipis, de lo más rico; la Teodora entiende de estas cosas.

Al día siguiente la novia se presentaba hecha una beldad, en enaguas y chambra, la banda de raso rojo cruzándole el pecho, la cabellera suelta, y una corona de flores de trapo, alta como un morrión. Los convidados se quedaban á la puerta de la casa, y avanzaba la Teodora con el rico pañuelo en la mano, grave y cejijunta como una sacerdotisa. Entraban con ella los padres de los novios, los individuos más ancianos de las dos fa-

milias, y, luego de cerrada la puerta, tendiase la muchacha en una colchoneta, con su corona y su banda. La Teodora, sin dejarse ganar por la emoción de los presentes, tranquila y segura de su pericia, introducía por entre la hojarasca de las enaguas su mano, envuelta en el pañuelo, buceando durante mucho rato en este oleaje de tela almidonada. La virgen permanecía inmóvil, con los ojos entornados, sin un gesto, coloreándose ligeramente por el dolor y las cosquillas.

Volvió á salir á luz el pañuelo y todos lo miraban. ¡Las tres flores blancas! ¡La señal de la virginidad! Podía celebrarse la boda. Y al abrirse de nuevo la puerta y mostrar la vieja el pañuelo, entraba la gente en tropel, vociferando de alegría, saludando á la desposada con ruidosos aspavientos:

—¡Viva lo bueno!... ¡Viva la honra! ¡Olé por el mérito! ¡Vamos á juntarlos!

El padrino cogía una cesta llena de peladillas y la arrojaba de golpe sobre la novia. Esta, tendida en el colchón, recibía sin pestañear la rociada. Luego, los padres la saludaban con otra lluvia de almendras, y tras ellos, los viejos de más consideración y todos los convidados, hasta los mozuelos más insignificantes. La novia desaparecía bajo la granizada de azúcar: sólo se veía su cabeza con el morrión de flores, haciendo esfuerzos por librarse del pedrisco, mientras el resto del cuerpo quedaba inmovilizado bajo la dulce avalancha.

—¡Vamos á juntarlos!—gritaba la gente.—¡Música, música!

Rompían las guitarras en melancólico rasgueo, daba el novio su mano á la novia para que se levantase entre el crujir de las almendras aplas-

tadas por sus pies, y comenzaban á bailar, colocando ella su corona sobre la cabeza del marido. Así pasaban la noche, devorando dulces, arrojándolos contra las paredes, sorbiéndose por docenas las tazas de chocolate, hasta que, al amanecer, se iban á dormir ahitos de azúcar y soco-nusco. Todos los gitanos bailaban con la desposada, calándose su floreado morrión. Al día siguiente, las madres de los novios hacían platos con los dulces esparcidos en la cama y los enviaban á las solteras del barrio con una flor de la corona. El novio montaba en un caballo, llevando la hembra á la grupa; todos los chavales, jinetes en sus mejores bestias, les daban escolta, llevando también á ancas las mozas del barrio, y la vistosa cabalgata partía al trote por los campos, como si esta ceremonia fuese una iniciación del matrimonio en la vida andariega de la raza.

—Y aún pasan días—continuaba la Teodora—antes de que los novios se junten de verdad. Mientras están con los padres, tienen vergüenza y duermen separados. Sólo cuando ponen su casa, se deciden á acostarse juntos.

Las famosas flores blancas asombraban á Feli, haciéndola seguir con atención las indicaciones de la *Catañeta*. Eran á modo de clara de huevo. ¡Ay de la que no las soltaba en aquel registro que tenía la solemnidad de una ceremonia religiosa! Cuando el pañuelo surgía sin ellas ó con manchas de sangre, un griterio de muerte estallaba contra la impura. Era la demostración de su falta de virginidad. Arrojábanse sobre ella las mujeres, arrancándola la corona, tirando de sus pendientes hasta rasgarle las orejas, haciendo trizas sus blancas vestiduras. Al abrirse la puerta, salía como una bestia acosada entre la rechifla de los hombres,

los arañazos de las mozas y las pedradas de los chicuelos, para refugiarse en casa de su padre. Este era inflexible. Le cortaba con su navaja la cabellera y le daba por vestido unos sacos, arrojándola en el rincón más oscuro, y allí permanecía sin que nadie le hablase, volviendo la espalda á la gente, temblando al oír una voz, hasta que, cansada de esta vida de abandono, si quedaba en ella un resto de voluntad, huía para perderse en los caminos.

Escuchaba Feli, con asombro, el relato de estas costumbres primitivas que se desarrollaban á las puertas de una gran ciudad.

Cuando volvía Isidro repetíale estos relatos, y el joven, al escucharla, lanzaba miradas de extrañeza al puente vecino, por donde pasaban coches, carretas y peatones, todo el tráfico de un gran núcleo de población; á los inmediatos desmontes, con sus faroles de gas; al tranvía eléctrico que bajaba por el paseo de los Ocho Hilos, expeliendo chispas verdes y azules de sus ruedas. Sólo unos cuantos metros separaban la vida moderna que circulaba por lo alto, de aquella hondonada donde aún subsistían las tradiciones de la existencia nómada, la barbarie de una raza errante, insensible á todo progreso. Las dos vidas rozábanse diariamente, pero se ignoraban, se desconocían, sin que los de abajo, en su aislamiento, sintiesen la más leve influencia de los de arriba.

Sulfurábase Teodora al oír que la *Señorita* ponía en duda su ciencia. Si *catañeaban* otras, era posible una equivocación... ¡pero ella! No había más que una Teodora en toda la península. Allá en *Cordobate* existía otra gitana de su arte, pero todos declaraban su inferioridad. Con la Teo-

dora no valían engaños: la gitanería tenía fe ciega en sus manipulaciones; por eso no llevaba menos de ocho duros por el *catañeo*, y el que no los tuviera, que no se casase. La llamaban los gitanos de toda España para sus bodas, gente rica que, además de pagarle bien, cargaba con todos los gastos del viaje. Había estado en los *gaos* más famosos por sus aglomeraciones de gentes de la raza; había corrido Andalucía, conocía Murcia y hablaba de sus viajes á Valladolid y Rioseco. Nadie dudaba de su ciencia.

—Rara vez—decía—fartan las flores blancas. Las probesitas gitanas son jembras decentes. Ya quisieran muchas de las payas, que van por las calles del *gao de los Foros*, asemejarse á nosotras.

Al volver Maltrana á casa, antes de cerrar la noche, caía algunas veces en medio de esta tertulia.

La vieja, al verle, le saludaba con grandes aspavientos, como si fuese ella la dueña de la casa.

—Pase adelante, Pare Santo... Entre su mersé, bigotillo de gobernaor... ¡Qué honra pa nosotras el verle! Aquí estamos haciéndole compañía á este pimpollo de Abril, que lleva en su tripa bonita una *churumbela* como er mesmo Niño Dios.

Y hablaba de la criatura que había de nacer, con tanta seguridad como si la viese, detallando sus prendas físicas, cómo tenía el pelo y cómo los ojos; en qué se parecía á la madre y qué iba á sacar del padre.

Maltrana escuchaba con mal disimulada impaciencia la charla de la vieja. Las contrariedades de su vida, cada vez mayores, irritaban su carácter, haciéndole insufrible el parloteo de la bruja.

La Teodora, á la caída de la tarde, miraba á la ventana, indicando á su nuera que se asomase.

—*Sicobelate á la parlacha* y veas si tu mario está por ahí.

El gitanillo esperaba á su madre y su mujer, pensando en la cena, sin atreverse á subir á la casa de don Isidro, y apenas veía á su cónyuge, gritaba con mal humor:

—*Chalate al quer* (vamos á casa).

Se iban las gitanas, pero al verse solo Maltrana con Feli, aumentaba su tristeza, como si viese con más claridad lo pavoroso de su situación.

Ya había llegado la época tan esperada por él. Comenzaba el frío: volvían á Madrid, terminado su veraneo, los que podían proporcionarle trabajo, y, sin embargo, su situación no mejoraba.

Apenas tuvo noticia de la llegada del marqués de Jiménez, corrió á visitar al grave personaje, para incitarle á que escribiese otro libro. Terrible acogida.

—¡Contento me tiene!—dijo el senador frunciendo el entrecejo.—¡En seguida voy á colaborar otra vez con usted! La juventud es indiscreta.

Y siguió lamentándose, como lastimado por su excesiva confianza en un sér inferior.

Había sido, durante el verano, objeto de la risa de todos los amigos. ¡Lo que se habían burlado en San Sebastián los de la tertulia del jefe!... Decían á gritos que el libro no era suyo; que se lo había escrito un joven á cambio de unas pesetas y que este joven se divertía á su costa, citando autores fantásticos, copiando párrafos de libros que no existían.

—De eso último no hago caso—dijo el marqués con magnanimidad de hombre justo.—A cada cual lo suyo. El libro está muy bien: lo que en él se dice es pura verdad (¡si lo sabré yo!), y lo de los autores falsos y los libros inventados, todo envi-

dia; envidia nada más... A mí lo que me molesta no es esto; sino que digan que el libro no es mío, que me pongan en ridículo ante el jefe, que, como usted sabe, me honró con un prólogo... Y de esto toda la culpa es de usted, que no ha guardado prudencia, que ha hablado con el aturdimiento de la juventud y me ha puesto en ridículo, sí, señor, en un ridículo que hace gran daño á mi carrera política.

Maltrana, anonadado por la cólera del personaje, intentó defenderse. No había hablado de la paternidad del libro: y era verdad. Tal vez sus enemigos se enterarían de que era él quien iba á la imprenta para corregir la obra; tal vez la indiscreción viniese de otro lado... pero él lo juraba: nada había dicho.

En cuanto á la fidelidad de las citas, su conciencia no le dejó defenderse con igual energía. Balbuceaba al formular sus excusas. Bien pudiera ser que hubiese equivocado el nombre de algún autor, que hubiera atribuido á unos lo de otros... Pero el marqués le interrumpió enérgicamente.

—No: repito que el libro está muy bien. ¡Si lo sabré yo! Son innecesarias las explicaciones... Lo que á mí me molesta, es lo otro; que digan que el libro no es mío; que supongan á un hombre de mi altura capaz de adornarse con plumas ajenas.

Decía esto con un tono amargo, con la misma expresión con que anonadaba á los gobiernos en el Senado por su falta de protección á los trigos; y Maltrana acabó por indignarse también contra los maldicientes que suponían al marqués de Jiménez incapaz de escribir un volumen.

Isidro salió de allí sin recibir dinero ni un

nuevo encargo. Además comprendió que el senador le cerraba su puerta para siempre. Después de tales murmuraciones, el mejor medio de demostrar que Maltrana no le había prestado ayuda, era prescindir en absoluto de su trato. Bien se lo dió á entender al joven con la frialdad de su gesto de despedida, con la blandura de su mano y los consejos que le dió.

—Más discreción, joven. Para hacer carrera hay que ser prudente. La vida no es un juego: no hay que soñar, joven amigo.

Maltrana volvió desesperado á su tugurio de las Cambroneras.

Entraba todos los días en Madrid persiguiendo una esperanza, pero ésta revoloteaba ante él sin dejarse alcanzar. Visitaba á sus amigos de las redacciones, preguntando con avidez cuándo podría meter la cabeza en alguna de ellas; se ofrecía á los administradores para pegar fajas y hacer paquetes. Contentábase con cualquier cosa: lo importante era conseguir, fuese como fuese, un par de pesetas todos los días. Hasta buscó recomendaciones para algunos concejales, pidiéndoles un puesto cualquiera en las dependencias del Ayuntamiento.

Apenas llevaba paquetes á la fábrica de corsés cercana á la Puerta del Sol. Hacía dos semanas que Feli tenía en casa la misma docena sin poder terminarla.

Estaba enferma, muy enferma. Maltrana seguía con inquietud los progresos de su mal. Quejábase de fuertes dolores de cabeza; perdía de pronto la vista, hablaba con incoherencia, insultando unas veces á Isidro sin saber por qué, y abrazándose otras á su cuello para pedirle perdón con gran raudal de lágrimas.

El invierno se anunciaba con una frialdad ate-

rradora. Todas las mañanas aparecían las charcas del río con grandes cristales de hielo. Los gitanos permanecían en sus tabucos, ahumándose junto á las hogueras. En la casa de los amantes, ni pan ni fuego. Feli vestía sus ropas de verano, sin otro abrigo que un mantón comprado en una casa de préstamos. Isidro conservaba aún aquel macferlán de color indefinible que era como la librea de su miseria. Le servía para ocultar la delgadez del traje y su deshilachada camisa, mal cubierta por un pañuelo negro, lustroso de mugre. El pobre joven presentaba un aspecto más deplorable que cuando vivía en la calle de los Artistas, sin otra familia que su padrastro. Feli, que tanto cuidaba en otros tiempos del arreglo de su persona, permanecía ahora inmóvil en la única silla entera de la casa, como si no viese ni entendiese, sin otra sensibilidad que un continuo frío que la hacía estremecerse en sus ligeras envolturas.

Maltrana salía diariamente en busca del pan. Iba á Madrid á solicitar una colocación inútilmente, á *dar sablazos*, á mendigar de todas las personas conocidas. Ya no era el lobo que descendía de la cumbre en busca de alimento; era el pobre roedor, tímido y anonadado, que trepaba lentamente desde el fondo de su madriguera á las alturas de la gran población, esperando una migaja del banquete de los fuertes.

Feli quedábase en casa, enferma, temblando de frío, fijando en el suelo su mirada de estúpida vaguedad, como si la hinchazón de su abdomen absorbiese su pensamiento. El, emprendía la marcha desfallecido, sin otro lastre que una taza de café recalentado ó una copa de aguardiente, unas veces, bajo la lluvia que se introducía por las rotas suelas de sus zapatos, otras, sacudido por fríos

huracanes que agitaban las mangas de su macferlán con aleteo de pajarraco fúnebre.

Una mañana al salir de casa se detuvo asombrado. La nieve cayó en montón á sus pies al abrir la puerta. Todo lo que abarcaban sus ojos estaba blanco, con una blancura nítida y fúnebre, como el sudario de una virgen muerta: blancos, el puente y el río; blanca, la cuesta de las Cambroneras, los tejados del barrio y los áridos desmontes. El silencio era completo; la soledad absoluta. El mundo parecía haber muerto durante la noche, bajo el peso de la nieve. El humillo azul que se escapaba de las chimeneas era el único signo de vida.

Maltrana dudó un instante. Sintió un repentino amor por el encierro, el afecto al hogar que hacía que los hombres se ocultasen en sus casas. Pero arriba, en la suya, no quedaba nada: la noche anterior había devorado media libreta y las cortezas de un cuarterón de queso. Feli no comía: hacía tiempo que el embarazo y la repugnancia á los manjares groseros teníanla en perpetua inapetencia. Había que vivir... ¡adelante!

Emprendió la marcha, hundiendo en la nieve sus piernas mal abrigadas, aquellos pantaloncillos de verano roídos por los bordes, que apenas si disimulaban las grietas y descosidos de las botas. Sus pies se enfriaron al contacto de la nieve; á los pocos pasos creyó que marchaba descalzo.

Dentro de Madrid vió las calles desiertas, sin carruajes, sin tranvías, todo igualado, arroyos y aceras, por aquella capa blanca, como si hubiese llovido sal. En los lados de las calles abrianse negros senderos de barro por los que pasaban los escasos transeuntes, entre un doble muro de nieve. Los árboles parecían de algodón; blancas vedi-

jas pendían de los balcones y los aleros. Los faroles del alumbrado ostentaban una montera torcida como un gorro de dormir. Los golfos, entusiasmados por la novedad del espectáculo, hacían rodar grandes bolas de nieve, coronándolas con monigotes de su invención.

Maltrana, con los pies helados, y temblando de frío, vagaba por Madrid. Subió á la casa de un antiguo compañero, para pedirle algo, aunque sólo fuese una peseta, y no le encontró. Fué al extremo opuesto de la villa, en busca de otro amigo; pero tampoco estaba en casa.

Pensó, como supremo recurso, en el marqués de Jiménez. Este no podía abandonarle: le pediría socorro, aunque fuese de rodillas.

Arrastrando los pies, llegó al barrio de Salamanca. Tuvo que discutir con el portero, que le cerraba el paso: y al fin le dejó subir por la escalera de servicio, para que no manchase la alfombra de la escalera principal, con la nieve derretida que soltaban sus pies. En la puerta de la cocina, le rechazaron con aspereza, después que un criado desapareció por unos instantes, para anunciar su nombre. El señor marqués estaba muy ocupado: no podía recibirle.

Era más de mediodía. El cielo, de un gris blanquecino, amenazaba con más nieve. La luz, de interminable crepúsculo, reflejábase en la blancura con tonos lívidos. Maltrana caminaba desalentado, con los brazos caídos, sin saber dónde dirigirse.

Su voluntad desplomábase vencida, falta de fuerzas para luchar: quería morir. Todos los caminos estaban cerrados para él: iba como si el mundo se hubiese despoblado de pronto. Toda la nieve que abarcaban sus ojos la llevaba en el alma.

En la Puerta del Sol vió una hornilla enorme llena de fuego, y, en torno de ella, un tropel de golfos, de vagabundos, que se calentaban las manos, pataleando al mismo tiempo para reanimar sus pies entumecidos.

Maltrana unióse á ellos, y el benéfico influjo del calor, pareció despertar su voluntad. ¿Qué hacía allí? Pensó, con remordimiento, en Feliciano, que temblaría de frío en su casucha, mientras él se calentaba en el público brasero. Aquellos vagabundos, sin familia y sin afectos, eran superiores á él; podían luchar más bravamente con la desgracia.

Creyó en la posibilidad de conmover á aquel tendero de las Cambroneras, al que tanto debía. Su salvación, por el momento, estaba allí, ya que en Madrid todos eran invisibles, como si el frío endureciese las conciencias, como si la paralización de la vida aislase á los hombres en su egoísta bienestar.

Regresó á casa. Al salir por la Puerta de Toledo, vió la nieve inmaculada y tersa, sin una huella, sin el pisoteo fangoso de las calles, igual y brillante, como una inmensa mortaja que cubría el río, los montes, las viviendas, y de la cual surgían los árboles, como hilos sueltos.

Le dió miedo esta extensión, rasa á la vista, que ocultaba las desigualdades del suelo, las cunetas, los hoyos de los árboles, los declives de los desmontes. Su pensamiento, quebrantado por el hambre, entorpecido por el frío, creyó ver, con tétrica alucinación, la imagen de su vida futura, en esta planicie blanca, silenciosa, monótona.

El mundo estaba frío, sin alma y sin piedad; contemplaba su marcha penosa, sin un impulso de misericordia.

¡Morir de hambre!... Por él, que fuese al momento: descansaría de una vez. Pero, ¿y aquella infeliz que le aguardaba, enferma y casi enloquecida, como si no pudiese con el peso de sus entrañas? ¿Cuál iba á ser su suerte?...

Maltrana, el altivo, el hombre superior, cuya palabra era un hachazo; el fervoroso creyente de la alegría de la vida y su refinado helenismo, sintió que sus piernas flaqueaban, y se apoyó en un árbol.

No podía más: era un vencido. Confesaba su cobardía, cayendo anonadado bajo el zarpazo de la Suerte.

¡Pobrecillo! Se llevó las manos á los ojos, y rompió á llorar con vagidos de cordero abandonado, como un niño que despierta en las tinieblas y siente el vacío en torno suyo, sin que sus manos temblonas tropiecen con el calor del pecho maternal.